



DESAFIOS CULTURALES DE LA GLOBALIDAD

Héctor AGUILAR CAMÍN

Mis comentarios se refieren a dos órdenes distintos. Primero, al tema de los desafíos y las oportunidades culturales de la globalización y el cambio tecnológico. Segundo, al difícil problema de la creación de una cultura cívica democrática, que implica mucho más que tener elecciones libres y procesos democráticos, implica un cambio civilizatorio en el interior de la ciudadanía.

Primero, el tema de la globalización y sus retos. El Estado nacional vive cercado por los amagos convergentes y opuestos de la globalización y la descentralización. La globalización lo empuja a los dictados del mercado mundial, a las capitales tecnológicas y financieras del mundo; la descentralización lo empuja a las urgencias y necesidades locales de la aldea, la comunidad y el municipio.

Nuestras identidades culturales padecen también el asalto de las fuerzas contrastantes de la globalidad y la peculiaridad; la globalidad que uniforma y amenaza, la peculiaridad que resiste

y ampara. La respuesta natural al oleaje del cambio tecnológico y la mundialización de la sensibilidad, la información y los mercados, es el repliegue a las pequeñas identidades tangibles, de tamaño humano: el individuo, la familia, la comunidad, la etnia; el pueblo, el barrio o la ciudad; la región, la secta, la empresa. Del mismo modo que la modernización hace deseables y entrañables las tradiciones y los mundos perdidos, la globalización premia y exalta las peculiaridades amenazadas.

Pero, en realidad, no hay fórmulas de verdadera transacción entre el mercado mundial y la aldea. Nada puede conciliar sus imanes divergentes sino la modernidad extrema, la modernidad capaz de reunir las ventajas de ambos mundos en el universo en expansión de una computadora de la que salen y a la que entran líneas de producción, servicios de entretenimiento, órdenes de inversión y desinversión, oportunidades de información y del mercado. Una modernidad a la que muy pocos tienen acceso y que crea sin embargo sus propias reglas indesafiadas. Tarde o temprano esas reglas ejercen su dominio.

A fines del siglo XX, la tecnología es el caballo de Troya de la modernidad. Lo ha sido siempre. Frente a ella todos somos en nuestro primer impulso, de una manera instintiva, obreros lúditas, recusadores del instrumento, de la máquina, del servicio que grita nuestra obsolescencia.

El sentido común y el instinto de sobrevivir nos exigen construir sociedades integradas hacia adentro y eficientes hacia el mundo, pero toda cohesión que no pase por la modernidad será en algún momento desbaratada por el poder omnipresente y la eficiencia de los instrumentos de ésta. No hay pueblo edénico a dónde regresar, no hay costumbre ni choza a salvo de los demonios del progreso técnico. No hay refugio a salvo de la revolución técnica y los heraldos del cambio.

No sé si a ese cambio hemos de llamarle progreso. Sería necio desoir las nuevas anticipaciones apocalípticas que advierten de los círculos perversos de la revolución tecnológica. Pienso, sobre todo, en las visiones de una tecnología tan eficiente que reduce el empleo al tiempo que aumenta la productividad, que mejora los rendimientos de la economía global al tiempo que destruye las economías personales, familiares, locales, incluso las economías nacionales.

Vivimos en el vértigo tecnológico de la modernidad. Es una fuerza destructiva, pero es también, acaso como ninguna de las revoluciones tecnológicas de la historia, una fuerza extraordina-

riamente vinculante que rompe fronteras y aislamientos. Su vértigo puede no ser sólo un despeñadero, puede ser también una oportunidad de recorrer en años lo que antes se recorría en décadas.

En la aldea global entrevista por Marshall McLuhan todos estábamos bañados por el mismo mensaje. En eso consistía nuestra globalidad, en ser receptores del mismo mensaje y depositarios de la misma revolución de las expectativas. En la aldea global conectada por los instrumentos de la globalización que hoy nos libera y nos amenaza, hay un espacio interactivo, la oportunidad no sólo de ser bañado por el mismo mensaje, sino de ser parte activa de la red emisora, de escoger y emitir nuestro propio mensaje. La aldea global interactiva no es sólo un horizonte obligatorio, es una oportunidad.

El camino más corto al desarrollo se mide por generaciones y se llama educación. Es el único atajo probado, cierto e incontrastable al desarrollo. La globalización tecnológica es una oportunidad de igualación de oportunidades educativas.

He visto en una modesta escuela pública de un estado pobre de México a un grupo de muchachos aprendiendo en la computadora el más adelantado programa de enseñanza de la química que pueda conseguirse en el mundo. Y sé que grupos de jóvenes, en lugares apartados de la sierra y la selva de México, atienden por la televisión cursos impartidos por los mayores especialistas del país, eminencias a cuyos conocimientos hace una década no hubieran tenido acceso sino sus alumnos de la universidad. Uno de los voceros más eficientes del EZLN es también el organizador de los productores de café orgánico en los Altos indígenas de Chiapas, producto que exportan con altos rendimientos a los Países Bajos y Alemania.

Hay que repensar nuestra educación, imaginarla con escuelas adaptadas a los instrumentos de la aldea global interactiva. Escuelas abiertas al mundo desde la más pobre y local de las comunidades. Escuelas capaces de servir a los nuevos y viejos educandos, los educandos que somos todos en el mundo del cambio tecnológico y la revolución de los conocimientos, el mundo inevitable de la educación continua y la continua capacitación para el trabajo.

Toca a su fin el mundo educativo y profesional de las carreras únicas y las vocaciones unívocas. Hemos de ser multifuncionales o anacrónicos, asunto que golpea el centro de una de nuestras más socorridas mitologías modernas: la mitología del llamado interior que nos ha puesto en el mundo para hacer una

sola cosa, soldado o escritor, sacerdote o médico, político o periodista, y nada más.

El vertiginoso cambio técnico y la globalización de la economía nos enfrentan a un mundo laboral de carreras múltiples, de múltiples empleos productivos para el mismo trabajador, de múltiples opciones vocacionales y múltiples actualizaciones dentro de la misma profesión, de modo que para seguir siendo un ingeniero o un economista funcional, hay que mantenerse al tanto de la profesión, olvidar lo aprendido y aprender de nuevo cada tantos años, como si cursáramos infinitamente el primero de la facultad donde hicimos nuestra primera profesión de ingeniería o economía.

Una palabra sobre nuestras universidades públicas. Han sido grandes surtidos de espíritus críticos, progresistas, antiautoritarios. Pero no han sido grandes productoras de espíritus prácticos, innovadores de la vida diaria, transformadores de los instrumentos materiales de nuestra cultura. De las universidades públicas mexicanas han salido generaciones enteras de sociólogos o antropólogos que saben criticar al gobierno o demoler al capitalismo, pero que son incapaces de diagnosticar las necesidades de una comunidad o de organizarla para la producción.

El camino más corto al desarrollo es la educación. El camino más corto a la educación es educar al educador. Decimos que tareas centrales del Estado moderno han de ser la creación de capital físico (infraestructura) y capital humano (educación y capacitación). Habría que añadir la tarea del capital informático: construir las carreteras de la información, los sistemas de riego, los servicios públicos, los puertos de la aldea global interactiva. Nueva noción de obra pública: la obra pública como difusión de instrumentos tecnológicos. Maestros, antenas y computadoras para todos los maestros, sin olvidar la lengua franca de la aldea global interactiva: el inglés.

Unas palabras ahora sobre los desafíos de nuestra incipiente cultura democrática. Se resumen en eso, en que es incipiente. Junto a las euforias democráticas crecen los desencantos y las incertidumbres del proceso democrático. Vemos surgir Estados democráticos, fuertes en su legitimidad de origen, pero débiles en la construcción de proyectos cohesivos de futuro, proyectos nacionales con horizontes claros, creíbles al menos, de crecimiento económico y oportunidades para todos.

La democracia ha llegado a nuestros países en las últimas décadas casi del brazo de las reformas liberalizadoras, las refor-

mas de mercado impuestas por la globalización. Los resultados de esas reformas son pobres en números económicos y más pobres aún en sus cifras sociales. No han generado un consenso activo de modernidad, porque no han ofrecido rendimientos generalizables de bienestar.

Las democracias emergentes tienen fortalezas en diversos ámbitos, particularmente en el de las elecciones, pero su trama institucional es aún débil y su ciudadanía de sustento está todavía en formación. Son democracias intervenidas por costumbres predemocráticas, por poderes *de facto*, económicos o políticos, y por condiciones de desigualdad social que traban su funcionamiento y aplazan, indefinidamente, el reparto democrático de los beneficios y las oportunidades. En esas condiciones, es difícil o imposible que la diversidad democrática no conduzca a la disputa política enconada, la parálisis, la fragmentación o la violencia.

Vivimos acaso la paradoja de la emergencia de sistemas políticos democráticos montados sobre una cultura cívica y una trama institucional mal arraigada en la intimidad de los ciudadanos. La democracia no se ha vuelto segunda naturaleza de nuestras ciudadanías ni ha logrado echar un manto de seguridad y expectativas sólidas de futuro en nuestras comunidades.

Tenemos una ciudadanía a medio hacer y una institucionalidad democrática que es nuestra novedad más que nuestra costumbre. Su única posibilidad de asentarse es que se encuadren en un horizonte de consenso de modernización y expectativas de bienestar colectivo, lo cual no será posible si no encontramos pronto las fórmulas para que se haga verdad entre nosotros crecimiento con equidad social. El historiador norteamericano de Zapata, John Womack, ha dicho esto de la manera más sencilla: «La democracia no produce por sí sola una forma decente de vivir. Son las formas decentes de vivir las que producen democracia».
